

EL CANTON MURCIANO.

Diario Oficial de la Federacion.

DOS CUARTOS CADA NUMERO.

EN TODA ESPAÑA.

JUNTA SOBERANA DE SALVACION DE CARTAGENA.

La Junta Soberana en sesión de ayer ha dispuesto que desde este día, todas las personas que no han cumplido con los anteriores decretos de inscribirse en los batallones de la fuerza pública serán detenidos y multados por primera vez y expulsados de esta plaza si después de esta corrección no lo verifican.

Los Ciudadanos José Maculé y José Ortega Cañavate, quedan encargados de cumplimentar esta disposición de la Junta.

Cartagena 25 de Octubre de 1873.—El Presidente, Pedro Gutiérrez.—El Secretario General, Andrés de Salas.

PARTE NO OFICIAL

Mientras que la escuadra alfonsina nos bloquea por mar, los cispayos de Castelar y del duque de la Torre nos sitian por tierra.

No puede darse situación más sombría ni más angustiosa que la que nos rodea. Los momentos no pueden ser ni más críticos, ni más supremos. La inminencia del peligro nos obliga á redoblar la prodigiosa y fecunda actividad de los primeros días.

Cuanto más peligro más serenidad, más grandeza, más abnegación. Si ha llegado la hora de morir muramos. La cobardía en estas circunstancias es un crimen.

La presencia de la escuadra centralista, no resuelve en sí ningún problema. Son moles flotantes con monstruosos cañones, pero nada más.

Las gigantescas masas de grani-

to que rodean, protegen y defienden la entrada de nuestro magnífico puerto, serán la sangrienta réplica de esas moles y de esos monstruosos cañones. Bajo de este punto de vista, poco ó ningún temor debe infundirnos la presencia de esos buques en nuestras aguas.

Otras fuerzas no tan visibles pero sí más potentes á causa de su misterioso origen, son las que deben llamar extraordinariamente la atención de nuestras autoridades.

Luchar á brazo partido con la sombra, es de todo punto inútil. Pero la inutilidad de esta lucha, no excluye la idea de tomar serias y atinadas precauciones. Luchar cuerpo á cuerpo con el tigre sería más que una imprudencia, una gran temeridad. Pero al tigre se le puede sorprender en su cubil y aplastarle.

Cuando un pueblo se vé obligado á recurrir al derecho de insurrección, tiene que habérsela con dos clases de enemigos: uno visible y otro invisible. La fuerza bruta, la fuerza ciega, la fuerza inconsciente pertenece á la primera.

La derrota de esta en Cartagena, fue tan sorprendente, tan maravillosa é instantánea que ni siquiera hubo necesidad de emplear en ella la cólera pública.

Hubo por ambas partes tanta grandeza como humanidad. El ángel del mal quedó herido y derribado en tierra por el genio del bien. Es la primera etapa revolucionaria en que no hubo que vender heridas, ni amputar miembros. Las magestuosas vestiduras de la victoria, no se vio salpicada de sangre.

La segunda lucha, ha sido tenaz, incansable, persistente. Apesar de nuestra saludable y maravi-

llosa energía, el resultado no ha correspondido á la grandeza del sacrificio. El enemigo invisible escudado hasta el día de hoy con la máscara del más puro patriotismo, no ha podido ser hallado, ni vencido. Muerto de cansancio, pero impulsado por una corriente galvánica, reanuda nuevamente su interrumpida obra para desunirnos y perdernos.

El origen de este trabajo misterioso hay que buscarlo necesariamente entre los ocultos y siniestros planes de nuestros enemigos. Sus emisarios, llegan á todas partes y en ninguna se les encuentra. Son las sombras impalpables. Diríase que tienen alas.

Las víctimas propicias de estos seres sombríos son los soldados, marineros y voluntarios que tienen el inmenso infortunio de encontrarlos al paso. Una vez vistos no hay evasión posible. El hombre mosca, se va cogido por el hombre araña.

La mansión predilecta de estas hadas del mal es la taberna. Allí concurre el pueblo, allí preparan sus misteriosas é invisibles huestes y dan la batalla.

El pueblo, aun apesar de su notoria honradez é indisputable grandeza, tiene sin embargo, un punto accesible é invulnerable, su impresionabilidad. Los certeros disparos de aquellas sombras con forma humana, causan no sabemos qué profunda, qué mortal herida, en esa inmensa fragilidad de la muchedumbre.

Ciertas palabras, hábilmente vertidas por esos seres si reales, invisibles, llenan de una bruma desconocida y horrible la conciencia del patriota. Hay palabras que simulan aun envanecimiento. La estricnina tiene su antídoto, pero la cien-

cia, la gran ciencia política no ha podido descubrir todavía el que ha de neutralizar de lo que podemos calificar de intoxicación social.

Sembrar la duda; difundir la alarma, crear el desaliento, abultar los peligros públicos, concitar los odios reavivar las querellas y exasperar las pasiones adormecidas, es la única misión de esos ocultos agentes.

Estos recelos, estas alarmas, estas querellas, lanzadas con la traidora intención que es de suponer, empiezan por incubarse en el debilitado cerebro del pueblo, pasan por lo que podemos llamar su período de preparación y de desarrollo, y terminan por invadir toda entera el alma de este mismo pueblo.

Al partir de este peligroso instante, una circunstancia fortuita, hace sentir sobre las personas más queridas de la airada multitud del pueblo todo el peso de su mal comprimido enojo, ó todo el frenesí de su soberana desesperación.

Las miserias, las penalidades, los sufrimientos y las privaciones, ofrecen ancho campo á las sugerencias de nuestros enemigos. Sus misteriosos agentes disfrazados de rabiosos patriotas, y frecuentando los sitios públicos, se encargan de lo demás.

El primer paso, dado por un pueblo cuando éste se vé solicitado por tan contrarias y diversas fuerzas es una ofuscación, el segundo un crimen, el tercero un suicidio.

¿Sabrá el pueblo de Cartagena elevarse en tan graves y críticas circunstancias á la altura de su grandiosa y providencial misión? ¿Sabrá asimismo, hacerse superior á su propio infortunio? ¿Ahogará, en fin, todo infundado germen de discordias, de perturbaciones ó de desconfianza hacia los dignísimos